





Cristóbal
Colón





P A T R I C K G I R A R D

Cristóbal
Colón

EL VIAJERO DEL INFINITO



 *Editorial El Ateneo*

Girard, Patrick

Cristóbal Colón. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires. : El Ateneo, 2014.
352 p. ; 23x16 cm.

Traducido por: Silvia Kot
ISBN 978-950-02-0718-8

1. Cristóbal Colón. Biografía. I. Kot, Silvia, trad. II. Título
CDD 923

Cristóbal Colón

Patrick Girard

Título original: Christophe Colomb. Le voyageur de l'infini

© Calmann-Lévy, 2011

Traductora: Silvia Kot

Derechos exclusivos de edición en castellano para América latina

© Grupo ILHSA S. A. para su sello Editorial El Ateneo, 2014

Patagones 2463 - (C1282ACA) Buenos Aires - Argentina

Tel: (54 11) 4943 8200 - Fax: (54 11) 4308 4199

E-mail: editorial@elateneo.com

1ª edición: junio de 2014

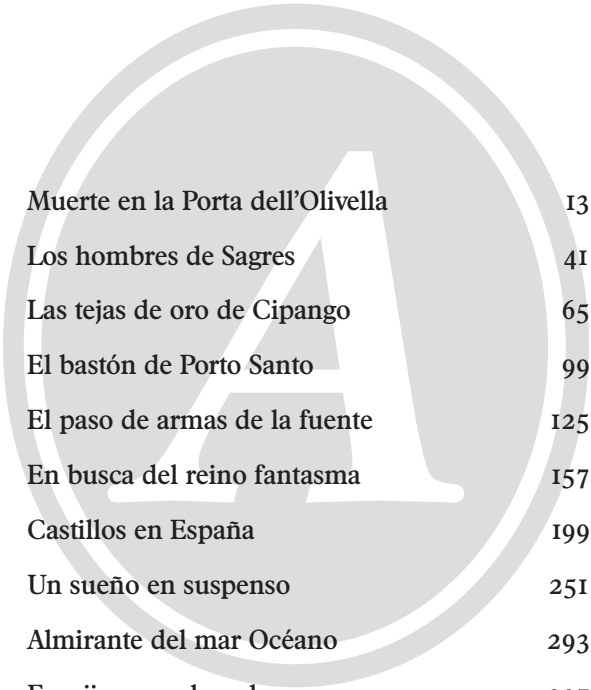
ISBN 978-950-02-0718-8

Impreso en Buenos Aires Print,
Sarmiento 459, Lanús Este,
provincia de Buenos Aires,
en junio de 2014.

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723.

Libro de edición argentina.

ÍNDICE



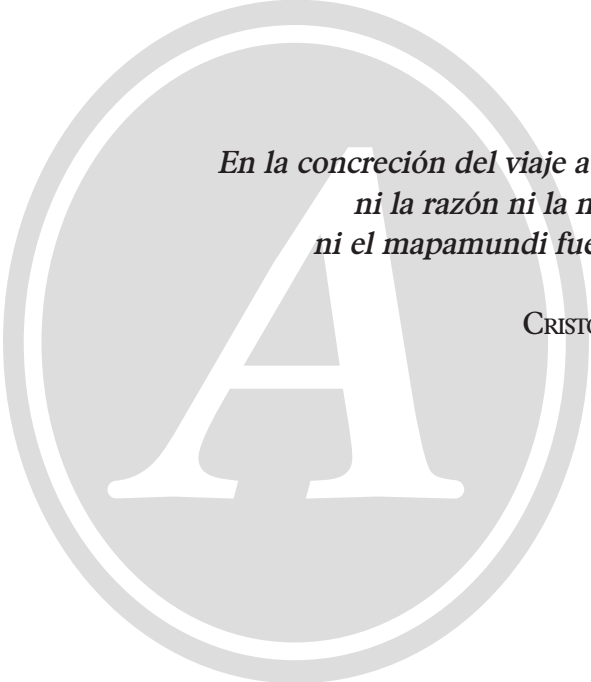
1	Muerte en la Porta dell'Olivella	13
2	Los hombres de Sagres	41
3	Las tejas de oro de Cipango	65
4	El bastón de Porto Santo	99
5	El paso de armas de la fuente	125
6	En busca del reino fantasma	157
7	Castillos en España	199
8	Un sueño en suspenso	251
9	Almirante del mar Océano	293
10	Espejismos sobre el mar	327





Para Anna, Martine y Olivia





*En la concreción del viaje a las Indias,
ni la razón ni la matemática
ni el mapamundi fueron útiles.*

CRISTÓBAL COLÓN



Muerte en la Porta dell'Olivella

Aún era de día. Sin embargo, todos se apresuraban para llegar a tiempo. Cuando el maestro Doménico Colón estaba de servicio –como esa semana–, no mostraba piedad con los rezagados. En cuanto bajaba el rastrillo, no abría la puerta a nadie, con ningún pretexto, insensible a las súplicas de unos y los halagos de otros. Los jardineros de Bisagno todavía recordaban el percance de Pierino Fregoso, unos años antes de suceder a su padre como dux. Se había demorado en los brazos de una lavandera de escote generoso y, cuando se presentó junto a sus amigos en la entrada de la ciudad, no se le permitió ingresar. Pierino gritó, maldijo y amenazó, pero el “cancerbero de la muralla”, mote despectivo con el que apodaba a Doménico, se mantuvo imperturbable. Ni aunque se hubiese tratado de uno de los Reyes Magos ni del mismísimo Jesucristo en persona hubiera gozado de un trato preferencial.

Pierino se vio obligado a pasar toda la noche bebiendo junto a sus amigos en la posada La Loba Tuerta, propiedad de Doménico, en las afueras de la muralla.

Tanto en invierno como en verano, en cuanto el sol comenzaba a ponerse en el horizonte, la ciudad se encerraba tras los muros que habían sido construidos para protegerla

de los sorprendidos ataques de bandidos a sueldo, pagados por los señores de Lavagna. Los forajidos tomaban por sorpresa a viajeros y peregrinos que, al acercarse a la ciudad, bajaban la guardia. En varias oportunidades, habían perseguido a su presa hasta las puertas del convento de Santo Stefano, mientras los nobles se encerraban en las altas torres almenadas que habían construido en el corazón mismo de Génova.

Harto de atropellos, el pueblo había exigido que se reparara la vieja muralla y se confiara la custodia de su puerta a hombres surgidos de sus entrañas. Esa medida había dado sus frutos. Los Fieschi, que antaño sembraban el terror, abandonaron su guarida en las montañas para instalarse en la ciudad y pusieron fin a sus saqueos porque consideraban más rentable sacar provecho de la prosperidad del puerto. Había regresado la paz, pero las viejas costumbres permanecían intactas. En cuanto caía la noche, el miedo se apoderaba del corazón de los hombres. La campiña circundante se convertía en escenario de extraños acontecimientos. Brujos y hechiceras aprovechaban la oscuridad para llevar a cabo sus aquelarres, mientras que lobos hambrientos merodeaban en busca de alimento. Unas semanas atrás, habían encontrado, en las orillas escarpadas del Bisagno, los cadáveres de dos pastores despedazados. Habían sido rápidamente inhumados. Doménico aún recordaba el grito ronco de su madre cuando los cuerpos descendieron a la fosa: un lamento desgarrador, inhumano, el eco de los aullidos de las bestias salvajes.

Para protegerse, al atardecer, la ciudad se encerraba y confiaba su seguridad a los arqueros que hacían la ronda y velaban para que nadie entrara a la muralla ni saliera de ella. Así protegidos, los habitantes se entregaban a sus ocupaciones habituales. Las mujeres se afanaban frente a los hornos. Los hombres dirigían sus pasos a la taberna más cercana para compartir las últimas novedades: la llegada de un barco proveniente

de Chío o de Caifa y la inminente venta de un lote de esclavos comprados en Constantinopla. Lejos de la mirada de sus padres, grupos de niños risueños descendían cuesta abajo las callejuelas, rapiñando aquí y allá una fruta o echando por tierra mesas llenas de mercancías.

Pero los dos caballeros que se abrían camino en la penumbra, a escasa distancia de la ciudad, no verían esas escenas, al menos no esa noche. Era evidente que uno de ellos no era extranjero. Por instinto, como si supiera que le iba a ser denegado el ingreso a la ciudad, se había dirigido hacia La Loba Tuerta y confiado su montura a un chiquillo para que la condujera al establo. Con su compañero, que llevaba el rostro oculto bajo una capucha, había entrado en la amplia estancia débilmente iluminada por miserables velas de sebo, donde las criadas rechazaban entre risas los abrazos de los clientes, pobres diablos en busca de un poco de calor y de consuelo después de una larga jornada de trabajo.

Los dos viajeros se habían sentado en silencio, en un rincón cerca de la chimenea. El mayor de ellos había puesto algunas monedas sobre la mesa y pedido vino, pan y queso. Habían bebido y comido sin prestar atención a sus vecinos. Mucho más tarde, el mayor se había introducido en la conversación general. Todos comentaban la noticia que habían traído esa misma mañana los marineros: la caída de Constantinopla en manos de los turcos.

Un cardador, Bartolomeo Costapelli, no cesaba de insultar a los griegos:

—Es un justo castigo para esos perros herejes que se niegan a reconocer la autoridad del papa. El hermano Antonio, el portero de Santo Stefano, me dijo temblando de indignación que uno de sus jefes había osado asegurar: “Vale más el turbante de los turcos que la mitra de los latinos”. No entendí lo que quería decir, pero, a juzgar por su cólera, debía de ser grave.

¡Que nuestro Señor Jesucristo y su Santa Madre nos libren por siempre de esos canallas!

Según Anna, una de las criadas, llegado ese punto el viajero había interrumpido groseramente a Costapelli:

—¡Pero qué clase de cristiano eres, pobre infeliz, si maldices a los griegos que te dan trabajo! Adivino por tus manos que eres un tejedor. ¿Qué harás cuando tú y los tuyos ya no reciban los moluscos que utilizan para teñir sus burdas lanas? Son tan ásperas que solo los pobres de Salerno o de Nápoles se animan a comprarlas. Cuando tu estómago se retuerza de hambre, suplicarás a Dios que los turcos tengan a bien ser tan complacientes como eran los griegos. Serás incluso capaz de abrazar su fe.

Nadie fue capaz de recordar quién había desenvainado un cuchillo para hacerle tragar al hombre tal blasfemia. En la penumbra, brilló el filo de una hoja. El viajero yacía muerto, ensangrentado, en los brazos de su compañero. Los clientes de la taberna huyeron, abandonando sus jarras de vino llenas.

Años más tarde, Doménico recordaría con amargura los disgustos que le había deparado esa riña. Cuando los arqueos llegaron para retirar el cadáver, escuchó que uno de ellos reprimía un insulto al examinar los documentos que había encontrado entre las ropas del hombre. Horas más tarde, lo condujeron ante el dux para ser interrogado.

—¿Hablaste con el difunto?

—No, señor. Yo estaba de guardia en la Porta dell'Olivella, como me corresponde, de acuerdo con el cargo que me confirió su noble padre.

—Y que yo te quito. No protestes. Hace mucho tiempo que espero el momento de vengarme de que me hayas prohibido el ingreso en la ciudad.

—Yo sólo seguía las órdenes de su padre, el ilustre Gianni Fregoso, las mismas que confirmó cuando lo sucedió.

–Poco importa. Tu taberna es un antro de vicio y de perdición. Tus criadas venden sus cuerpos. El prior de Santo Stefano se ha quejado en más de una oportunidad. Hasta hoy he fingido no ver, pero ya no toleraré que la protección de una de las puertas de la ciudad sea confiada a un vulgar rufián.

–¡Pero eso es condenarme a la ruina!

Pierino Fregoso tosió, altivo y ligeramente preocupado:

–¿Estás seguro de que la víctima no le dijo a nadie quién era?

–Es lo que me juró Anna. La pobrecita estaba tan conmocionada por haber presenciado un asesinato... El hombre se limitó a pronunciar esas desdichadas palabras, sin duda bajo los efectos del vino, dado que había bebido unas cuantas jarras.

–Quiero creerte. Nadie debe saber jamás lo que ha pasado ayer en tu taberna.

–No creo que el asesino y sus cómplices estén en condiciones de jactarse de su gesto. No tendrán ganas de colgar del extremo de una cuerda.

–Supongo que así será. Y aquí reside tu suerte. Para evitar las habladurías, debo encontrar una razón plausible que explique el cese de tus funciones como guardián de la Porta dell'Olivella. A partir de esta misma tarde, la ciudad sabrá que, a raíz de tus eminentes cualidades, te he confiado la gestión de las tierras que poseo en Savona, donde te instalarás de inmediato. No son más que unos huertos y unos viñedos, que te dejarán tiempo para dedicarte a tus otras ocupaciones. Gracias a mi bondad, serás propietario de una tienda y una casa lindante con la iglesia de San Giuliano, donde cumplirás con tus deberes religiosos. Mi notario, Filippo Masetta, ya ha redactado un acta de venta ficticia porque no exijo de ti ningún pago, salvo tu silencio. No me lo agradezcas. Si este asunto sale a la luz... No, sería muy largo de explicar. Y además te doy al esclavo del muerto, Antonio, un moro robusto, a juzgar por la

opinión de mis arqueros, a quienes no les ha resultado nada fácil detenerlo. Nadie debe saber quién es y dónde está. Como ves, tu desgracia es en realidad un lecho de rosas. Tú, el hijo de un bruto de Moconesi, convertido en el dueño de las cuatro paredes entre las que vivirás a partir de ahora. Es más de lo que ninguno de tus hijos obtendrá después de una vida de duro trabajo. Desaparece de mi vista antes de que me arrepienta de mi generosidad.

Doménico se retiró, preguntándose qué ocultaba semejante propuesta. ¿Se trataría de una trampa que le tendía Pierino Fregoso? A medida que las horas pasaban, dejó de pensar en ello. Esa misma tarde, sirvió innumerables jarras de vino a los otros maestros pañeros que se acercaron a felicitarlo por su suerte y por el evidente voto de confianza del dux. No tenía más que empacar y partir con los suyos hacia Savona.

En Savona, el recién llegado poco había tardado en encontrar su lugar. Su padre, el viejo Giovanni, administraba las propiedades de Pierino Fregoso como un campesino astuto, mientras él se dedicaba a su taller de tejido y a su tienda de telas. Había hecho venir de Moconesi y sus alrededores a unos cuantos aprendices, muchachos fuertes, dispuestos a trabajar doce o catorce horas al día a cambio de una hogaza de pan y de un poco de tocino. ¡Era mejor que seguir tomando sopa de castañas! Doménico los controlaba y no dudaba en propinarles una buena tunda cuando notaba que decaía su entusiasmo. Así era como se había comportado con él su primer patrón.

Incapaz de dominar su afán de lucro, había abierto una taberna, que frecuentaban los obreros de la competencia, miembros, como él, de la cofradía de San Giuliano. Los embriagaba para sonsacarles información sobre los pedidos que se le habían escapado. Les fiaba generosamente, sabiendo que con solo dirigirse a sus patrones podría retener de sus salarios

el dinero que esos borrachos empedernidos adeudaban. Casi disfrutaba de poner en aprietos a sus harpías, esas repugnantes criaturas de pechos deformados por los embarazos, que cada tanto iban a buscar a sus maridos acompañadas por un cortejo de chiquillos roñosos.

Cuando parecían excesivamente furiosas, el tejedor le pedía a Antonio que saliera de la bodega, donde pasaba sus días ordenando las barricas de vino y las pesadas hormas de queso, a las que también protegía de los roedores. La aparición del viejo esclavo bastaba para provocar gritos de terror: "*Il Moro! Il Moro!*". ¡El Moro! ¡El Moro! ¡Como si no fuera, al menos en apariencia, tan buen cristiano como ellas! Iba a la iglesia una vez al año, y se mantenía cerca de la entrada, mascullando frases incomprensibles en una extraña jerga.

Era la condición que Doménico había impuesto para tomar al esclavo a su servicio en Savona, después de haberlo ocultado durante años en Moconesi, por orden del dux. En esa ciudad, a los Centurione –Doménico pronto había comprendido que, para Pierino Fregoso, ellos eran los menos fiables– les hubiera costado encontrar su rastro. Esos prósperos comerciantes, que solían frecuentar Lisboa o Barcelona, no osaban internarse en la montaña ligura. Para ellos, ese era un mundo extraño, poblado de seres primitivos y salvajes, demasiado pobres como para desear recurrir a sus servicios.

Estando en Moconesi, Doménico le había encargado al moro cuidar de sus hijos, tres varones y una niña, a quienes criaba una prima lejana. Su madre, Susanna, estaba demasiado ocupada en la taberna y en la tienda de Savona como para dedicarse a ellos. Se conformaba con visitarlos una o dos veces al año, para asegurarse de que aún estuvieran con vida. Los niños habían crecido de golpe. Pasaban la mayor parte del tiempo paseando por los bosques de castaños para colocar allí trampas o pescar en los torrentes que se precipitaban

hacia el valle. Nada los detenía. Una tarde, Cristóforo y Diego se perdieron en el bosque. Les había parecido más prudente encaramarse a un árbol y pasar allí la noche, por temor a los lobos.

Al amanecer, cuando regresaron aterridos a Moconesi, escucharon con gran asombro que un leñador, Ludovico Maduco, confesaba a la gente del pueblo el miedo que había experimentado al volver a su cabaña:

—Seguramente se trataba de hechiceros que, camino a su aquelarre, habían decidido detenerse a descansar un rato. He visto con claridad dos pares de ojos que brillaban entre las ramas. Me persigné y corrí como una liebre.

Maduco era un hombre solitario, temido y respetado por la gente del pueblo. Se decía que tenía extraños poderes. Sabía curar las llagas imponiendo sus manos sobre la piel devorada por el fuego. A él se dirigían las matronas cuando se acercaba el aniversario de la muerte de sus seres queridos. No existía nadie como él preparando los lechos que otrora ocuparan los difuntos y disponiendo sobre la mesa, de acuerdo con un orden preciso, las bebidas y los alimentos que les estaban destinados. Todos sabían que a los muertos les gustaba regresar cada tanto adonde habían vivido y calentar sus huesos ante un buen fuego.

Ludovico decidía cuándo los deudos debían comenzar a prepararse para abandonar su cabaña con el fin de que los difuntos pudieran descansar en ella. A cambio de sus servicios no exigía paga: se conformaba con las sobras que le dejaban. Era una figura digna de fe, respetada en Moconesi, incluso por el sacerdote, que toleraba sus artimañas y hasta, alguna vez, había recurrido a él.

Sus palabras habían helado de miedo a la gente y, sobre todo, a los dos pilluelos. Sin saberlo, habían corrido un gran peligro, pues los brujos se habían detenido a descansar cerca

de su escondite. Así fue como se sumaron de muy buen grado a la procesión improvisada por el sacerdote para la gente del pueblo. Se juraron no volver a estar nunca más al alcance de influjos hechiceros.

De regreso, el humilde cortejo se había cruzado con una pequeña tropa conducida por el hijo del conde de Lavagna, Giovanni Fieschi. Con apenas quince años, el joven cabalgaba en compañía de sus amigos, unos señoritos que sembraban el terror entre los habitantes de la región. No había como ellos para destrozar los magros cultivos durante sus cacerías y montar espectáculos escandalosos por las noches en la posada de Moconesi. Allí empujaban a los aldeanos, los obligaban a cederles el paso, reían a carcajada limpia cuando alguna pobre vieja caía estrepitosamente en la zanja. Furioso, Cristóforo se disponía a lanzarles un puñado de tierra cuando su hermano se lo impidió.

–Detente o te lo harán pagar muy caro. Para ellos, no eres más que un campesino, un bruto sobre el que tienen todos los derechos.

–Ninguno tienen, excepto el que nace de nuestro miedo. ¿Quiénes son para humillarnos de ese modo? Valgo tanto como ellos.

–Te lo suplico, no seas bravucón.

–Recuerda lo que nuestro padre nos ha dicho. Nuestros antepasados eran de origen ilustre y pertenecían a un célebre linaje. Somos tan nobles como ellos. Un día, juro que haré valer mis derechos y haré que me nombren caballero, como ellos.

–Sabes muy bien que nuestro padre cuenta esas historias cuando ha bebido de más. Mientras tanto, regresa conmigo a casa. Temo que nuestro padrino nos mida las costillas cuando se entere de lo sucedido hoy por la mañana.

–Es mejor evitarlo y actuar como si nada hubiera pasado en lo del sacerdote.

Cuando cumplieron siete años, Antonio los obligó, al menos durante el invierno, a asistir a la modesta escuela que el sacerdote había abierto en Moconesi. Así compensaba sus limitados recursos –antes de pedirle una misa por sus muertos, sus fieles lo pensaban dos veces– enseñando a sus hijos los rudimentos de la lectura y de la escritura, a cambio de algunos huevos, quesos y jamones. A fuerza de bofetadas, les hacía dibujar en el suelo las letras del alfabeto. Cuando se hartaba, reunía a los chiquillos en torno al hogar y les contaba las vidas de los santos del calendario. Pobre del que osara poner en duda los milagros que enunciaba. A veces, con lágrimas en los ojos, evocaba la caída de Jerusalén, que los cruzados habían perdido por culpa de sus innumerables pecados. Su discurso era tan convincente que había despertado el interés de algunos de sus alumnos –con Cristóforo a la cabeza–, quienes se habían proclamado miembros de una cofradía secreta: los caballeros de Jerusalén. Se habían jurado amistad eterna entre ellos y habían prometido dedicar su vida a la liberación del Santo Sepulcro. Lejos de oídos indiscretos, se habían bautizado con los que ellos consideraban sus verdaderos nombres: conde de Jope, marqués de Caifa, duque del monte Tabor, barón de Belén y vizconde de Hebrón.

Se encontraban por la tarde, en las afueras de la ciudad, para reproducir épicos combates entre cristianos y moros. Allí estaban, entre otros, Miguel de Cúneo, Leonardo de Esberraya, Gianni Ferrante y Giuseppe Mariani. Sus adversarios eran los niños de Fontanarossa, a quienes trataban de moros villanos y sarracenos abominables. Las heridas infligidas durante las escaramuzas eran pruebas de su valentía y su determinación. No dudaban ni por un instante de que su sueño se cumpliría, porque recordaban la lección más importante del sacerdote de Moconesi. Dentro de poco, les decía, los ejércitos del padre Juan, un poderoso rey cristiano que vivía más allá de los

desiertos de Arabia, vendrían a liberar la Tumba de Cristo. Tal vez ya estaban en marcha. No necesitarían más que unos pocos meses para llegar al Jordán y entrar, después de Aarón y los hebreos, en la Tierra Santa. Todos sabían que el mundo era chico y que nadie podía vivir por debajo de la zona tórrida. El reino del padre Juan no podía estar muy lejos.

Para fundamentar sus dichos, el sacerdote les había citado un texto escrito por un prelado español, Paulo Orosio. ¿Cómo ese hombre, que había ido a Génova unas diez veces a lo sumo, sabía de ese texto? Tal vez un viajero de paso por la aldea le había leído un manuscrito que estaba en su poder y le había permitido copiar algunas líneas. En todo caso, pronunciaba estas palabras con una voz que transmitía un gran convencimiento:

Muchas más tierras permanecen sin cultivar ni explorar en África, por culpa del sol calcinante, que en Europa. Esto se debe al intenso frío, ya que no cabe duda alguna de que todas las plantas se adaptan mejor y más fácilmente a las bajas temperaturas que a las altas. Esta evidente razón hace que África, tanto por su geografía como por su población, parezca pequeña en todos sus aspectos, si se la compara con Europa o con Asia, debido a su situación natural, ese continente cuenta con menos espacio y, debido a su mal clima, posee más tierras desérticas.

Asia, África; esos nombres le habían gustado a Cristóforo, incluso si no llegaba a imaginar lo que realmente significaban. Designaban tierras lejanas, aún más alejadas de Moconesi que Salerno o Roma.

Cuando hubo referido las palabras del sacerdote a Antonio, este prorrumpió en carcajadas:

—Tu maestro es un imbécil redomado. ¿Qué puede conocer de África y la zona tórrida? Gracias si sabe llegar, con suerte, hasta Fontanarossa.

En secreto, Antonio había explicado a los niños que había nacido en África, en una ciudad llamada Sijilmasa, situada en el linde del desierto. Era moro de religión y de nacionalidad. Habiendo quedado huérfano a muy temprana edad, se había ganado la vida como ayudante de camillero, acompañando a las caravanas que se dirigían hacia Tombuctú, una ciudad ubicada a orillas de un río inmenso, largo como cien torrentes, en cuyas aguas vivían toros marinos y serpientes de bocas enormes, capaces de tragar al desdichado que se aventurara lejos de la orilla. En uno de sus viajes, unos guerreros nómades lo habían hecho prisionero y vendido a buen precio a un comerciante genovés, Antonio Malfante, que había llegado, afrontando miles de peligros, hasta el oasis de Tuat. El genovés lo había llevado con él hasta Ceuta, donde se había embarcado hacia Sevilla y luego hacia Génova. Según Antonio, su amo esperaba regresar enseguida a Sijilmasa para recoger mercaderías, oro, plumas de avestruz y prisioneros que había comprado y en parte pagado. Por desgracia, había fallecido envuelto en una riña, en la posada de Doménico.

Cuando el maestro pañero supo de boca de sus hijos lo que Antonio les había confiado, comprendió inmediatamente por qué Pierino Fregoso se había esforzado para que nadie descubriera que Antonio Malfante había regresado a su ciudad. Los espías que él mantenía en todos los puertos de Liguria y de Provenza le habían anunciado la llegada del viajero. Él lo había asesinado, luego había echado mano a sus documentos, cartas y mapas, y los había utilizado para enviar a Sijilmasa a sus propios empleados. Así fue como, ante la sorpresa y la indignación de los Centurione, se había adjudicado el lucrativo monopolio del comercio con los mercaderes africanos, mientras afirmaba sin el menor dejo de vergüenza que había triunfado donde sus competidores habían fracasado. Como un gran señor, había jurado que no escatimaría esfuerzos para liberar al desdichado

Antonio Malfante del cautiverio al que sin duda lo habían sometido las tribus nómades del desierto. Luego, con la voz almibarada, había explicado a los Centurione que, de acuerdo con lo que había escuchado, su viajante había sucumbido a los malos tratos que sus patrones le habían infligido al negarse a abrazar sus creencias.

Doménico había rumiado su cólera. Su exilio en Savona era consecuencia de un oscuro plan urdido por Pierino Fregoso, quien lo había engañado mientras simulaba estar ayudándolo. Había comprado su silencio convirtiéndolo en dueño de una casa a la que ahora se hallaba atado como un esclavo a su tierra. No había modo de obtener justicia. ¿Quién le creería si revelaba ese asunto, después de tantos años y con el testimonio de un esclavo moro? ¿Podría ser incluso acusado de cómplice del asesinato? Poniendo al mal tiempo buena cara, decidió que de nada serviría remover el pasado. A lo sumo, ahora que conocía la clave del asunto, se consideraba autorizado a hacer venir a Antonio y los niños a Savona. Los muchachos ya estaban en edad de trabajar en su taller, lo que le evitaría gastar en aprendices. Así, recuperaría el dinero que había debido entregar a su prima para la crianza de sus hijos. En cuanto a Antonio, el moro dejaría de holgazanear en la taberna, de la que Susanna ya no quería ocuparse.

A ver resurgir al esclavo testigo de su fechoría, Pierino Fregoso había procurado que Doménico pagara caro lo que él llamaba “su traición”. Lo había denunciado con un falso cargo ante las autoridades de Savona, quienes encarcelaron al maestro pañero. Este se vio obligado a vender una de las tierras que aún poseía en los suburbios de Génova para sobornar al juez y recobrar la libertad, gracias a lo cual el magistrado ratificó definitivamente el acta de propiedad de su casa, desestimando los reclamos de Pierino Fregoso.

Cristóforo controlaba el cargamento de la embarcación. El *Santa Luciana* debía hacerse a la mar en dos días para llegar a Génova antes de que comenzara el invierno. Los porteadores cedían bajo el peso de los fardos que depositaban en la cala. Otros hacían rodar pesados toneles de vino que aseguraban utilizando cuerdas toscamente tejidas. Equipado con su recado de escribir, el comisionado contaba una y otra vez las mercancías. A pesar de ser joven, controlaba todo al detalle, nada escapaba a sus ojos de lince. En dos oportunidades, había devuelto barricas de carne salada después de haber constatado que estaba comenzando a pudrirse. Cuando Paolo Ferrante, el carnicero, protestó, arguyendo que todos apreciaban sus productos, él lo rechazó con sequedad:

—¡Qué suerte! Así te aseguras de vender esa porquería llena de gusanos. Yo no te la compraré de ningún modo. Tengo órdenes precisas de no hacer escalas hasta llegar a Génova. Desde que los turcos controlan la mayoría de los puertos, es mejor no detenerse. Sus gobernantes son unos canallas que pretenden esquilmarnos exigiéndonos el pago de impuestos para llenar sus cofres de oro. ¡Por el modo en que te comportas conmigo me pregunto si no te habrás puesto el turbante!

—Te enojas por un pecadillo. ¿Alguna vez protesté cuando tu padre me vendía ese aguapié agrio que tenía la osadía de llamar vino? Yo evitaba hacer muecas, por cortesía, pero mi gizonte se quejaba. Engaño a quien se me antoja a cambio de un poco de dinero. No quiero terminar mis días aquí, en Chío. De todas formas, no creo que los turcos nos toleren mucho más tiempo.

—Supongo que por alguna razón debemos interesarles. El lugar está defendido por unos pocos hombres de armas incapaces de hacer frente a una invasión.

—Tienen sus espías en la isla. Por el momento, se muestran indulgentes porque quieren que dejemos de frecuentar

Alejadría o Beirut, en manos del Sudán de Babilonia.* Desde Egipto nos llegan las especias y la seda de Oriente, incluso si algunas caravanas utilizan la vieja ruta terrestre hasta Bursa, donde tenemos derecho a ir a hacer nuestras compras. Por eso nos toleran aquí y no se atreven a exprimirnos demasiado. Cuando se adueñen de Egipto, las cosas cambiarán. Estaremos a su merced.

El comisionado cesó de escribir. Su interlocutor parecía sumamente informado. Aunque era un bribón de la peor calaña, podía proveerle valiosa información. Después de todo, hacía mucho tiempo que se conocían. Era el padre de uno de sus compañeros de juego de Moconesi, Gianni, un “caballero de Jerusalén”. Más le valía hacer las paces con él, por lo menos por el momento, para tirarle de la lengua.

–Hablas de los turcos como si los conocieras mucho.

–Chapurreo su jerga. Cuando llegué aquí, luego de haberme marchado de Moconesi, uno de ellos me brindó un servicio completo. Me acompañó hasta Jerusalén, adonde prometí peregrinar.

–¡Tienes mala conciencia luego de haber envenenado a una tripulación con tu carne!

–No te equivoques, tuve que marcharme de las montañas por una falta mucho más grave. Maté a un hombre. Discutimos por culpa de una ramera y él sacó un cuchillo. Usé su arma contra él y resultó muerto. Me confesé de inmediato y el encantador sacerdote, que fue tu maestro y el de mi hijo, me impuso esta penitencia. En fin, penitencia sería mucho decir. ¿Qué cristiano no se sentiría dichoso de seguir los pasos de Nuestro Señor y sus apóstoles? He visto su tumba, custodiada por los franciscanos. Se esmeran en reconfortar a los peregrinos a

* Así es como se designaba al sultán mameluco instalado en El Cairo.

quienes los mamelucos vejan de todos los modos posibles. ¡Pobre de aquel que transgreda su ley! Mi compañero, por ser mahometano, tenía derecho a montar un caballo, mientras que yo debía conformarme con una mula. En la entrada de Jerusalén, uno de esos malditos paganos me echó por tierra porque cometí el error de atar un turbante alrededor de mi cabeza para protegerme del sol. Parece ser que, para ellos, es un crimen enorme. Mordí el polvo mientras agradecía a Dios que se hubiera conformado con ese gesto. Eso es lo que los cristianos soportan en esas comarcas. Créeme, me hará muy feliz que alguno de nuestros príncipes libere la ciudad santa de David.

—Podría ser el famoso padre Juan, del que escuché hablar. Posee un ejército muy poderoso.

—¡Tonterías! He visto en Jerusalén a algunos de esos sujetos, monjes con la cara negra como el carbón. Esos cismáticos dicen que descienden de Salomón y de la reina de Saba. Su rey vive en un país infestado de leones y bestias salvajes. Sus palacios son miserables chozas de adobe y sus soldados ni siquiera poseen espadas de buen acero de Damasco. Está claro que ellos no podrán ayudarnos.

—Vendrá, seguramente, estoy convencido de ello. El recién fallecido monseñor duque de Borgoña hizo votos para ser cruzado.

—¿Ah, sí? ¿Dónde están sus naves? ¿Habrán naufragado? Él jamás vino y dudo de que su hijo quiera cumplir su promesa. Necesitaría oro, mucho oro, para reunir a los hombres que precisa para liberar a Jerusalén. Pero el oro está en manos de los infieles.

Giovanni Ferrante lanzó un suspiro y se persignó mecánicamente. Tenía prisa por terminar la conversación con el comisionado. No lamentaba haberle hecho bajar la guardia. Era cierto que había tenido que reemplazar dos toneles de carne. Pero, mientras conversaban, ese idiota había dejado

subir a bordo dos toneles de galletas duras como una piedra y roídas por gorgojos. Cuando Cristóforo descubrió el fraude, el barco se encontraba ya a la altura de la isla de Negroponte. ¡Ya era demasiado tarde para dar media vuelta por un pecadillo, la tripulación ayunaría como en Cuaresma, pero antes de tiempo!

A la altura de Sicilia, la *Santa Luciana* debió soportar una fuerte tormenta. De pronto se levantó viento y el mar desenfrenado parecía querer devorar al navío. Las potentes olas golpeaban sus flancos. El agua se precipitaba al interior de la cala, donde los marineros trabajaban afanosamente con las bombas. A su lado, Cristóforo se esforzaba por proteger algunos preciosos bultos de seda. Una tromba de agua lo lanzó por tierra. Su cabeza golpeó contra un tonel y perdió el conocimiento.

Algunas horas más tarde volvió en sí. Se sorprendió al comprobar que había sido transportado al castillo de popa de la embarcación, allí donde se encontraban los camarotes del capitán y del piloto, y el reservado a un insigne pasajero, Federigo Centurione. Tenía la cabeza vendada y estaba acostado sobre una banqueta de madera que hacía las veces de cama. Ante él, de pie, se hallaba Centurione, a quien apenas había visto desde que habían zarpado de Chío. El comerciante almorzaba aparte y, el resto del tiempo, permanecía en la cubierta superior, entre el palo mayor y la popa, contemplando el horizonte o conversando con el capitán. En ese momento, extendía a su comisionado un vaso de vino:

–Bebe, esto te animará. Cuando te trajeron de la cala, pensé que estabas muerto. Por suerte aún respirabas y ordené que te curaran.

–No sé cómo agradecerle. No soy merecedor de semejante trato.

–Te he observado mucho en tierra y durante el viaje. Para ser honesto contigo, me enfureció que el capitán te diera trabajo

sin que tuvieras experiencia en el mar. No mientas. Durante tres años, te conformaste con navegar entre Savona y Córcega después de haber abandonado el taller de tu padre, en el que cardabas lana. Te echó porque no quería mantener un holgazán.

El herido esbozó un gesto de negación. Aún recordaba la cólera de su padre cuando supo, al regresar de un viaje a Salerno, que su hijo hacía más de ocho días que no iba al taller. El trabajo allí lo aburría y había pasado sus días en las tabernas del puerto escuchando los alardes de los marineros y ofreciendo en vano sus servicios. Ya era demasiado viejo para ser contratado como grumete. Doménico lo había encontrado y arrastrado hasta su tienda, donde le había propinado una paliza importante antes de prohibirle que volviera a aparecer ante sus ojos.

Susanna, su madre, se las había ingeniado para conseguirle alojamiento, un desván oscuro, en casa de un familiar. Al menos se había asegurado techo y, cada tanto, una buena sopa o un mendrugo de pan. De tanto vagar por el puerto, donde ayudaba a descargar las embarcaciones y las barcas, el joven había logrado que lo aceptaran a bordo del *Santo Pietro*, que iba y venía entre Savona y Bastia. O, cuando el mar estaba muy fuerte, hacía cabotaje bordeando la costa ligura. Su padre se había embarcado en el *Santo Pietro* en dirección a Génova e incluso había fingido no conocerlo.

Una tarde en que el joven rumiaba su aburrimiento en un tugurio miserable, había entablado conversación con un anciano, un viejo capitán, a quien los Centurione habían contratado como comisionado. Buscaba una ayuda que lo liberara de sus tareas más fastidiosas. Cristóforo agradeció al viejo sacerdote de Moconesi que le hubiera metido en la cabeza las letras del alfabeto.

Diez horas por día, en medio de montañas de bultos, cajas y toneles, emborronaba registros haciendo y rehaciendo cuentas.

Esta tarea ingrata tenía sus ventajas. Su protector recibía la visita de capitanes y de pilotos que se acercaban a conversar con él sobre sus periplos. Él los escuchaba evocar sus recuerdos y sus viajes, los fondeaderos más apropiados para el aguado o las zonas plagadas de rocas apenas visibles. Al principio, no había querido entrometerse en sus conversaciones, se había conformado con tomar a prisa algunos apuntes. Una mañana, entregó a un capitán de un barco que partía para Chío un pequeño registro:

–He consignado aquí todo lo que usted ha dicho sobre sus viajes anteriores, fundamentalmente, lo que ha dicho acerca de los vientos con los que se había encontrado, a la ida y a la vuelta, según la estación. ¿Quién sabe? Tal vez le pueda ser útil.

El hombre le agradeció.

–Tengo la impresión de que te aburres mucho en este poblacho. Necesito un comisionado y me gustaría tomarte a prueba. Apúrate, recoge tus pertenencias porque partimos mañana por la mañana. No esperes paga. Con que te acepte a bordo debe alcanzarte. Tú deberás demostrarme que tienes pasta de marinero.

El comisionado volvía a pensar en ese extraño cúmulo de circunstancias, molesto por la presencia de Federigo Centurione. Ese diablo sabía mucho sobre él. Más valía no intentar engañarlo. Recordando sus últimas palabras, dijo:

–Es verdad que mi padre me ha echado de su casa y que su enojo aumentó cuando supo que estoy trabajando para usted.

–¡El maestro Doménico está ofendido! Sin embargo, debería saber que no tenemos nada en común. Después de todo, no es más que un humilde maestro pañero que, en los buenos tiempos, emplea a dos o tres aprendices, a los que paga cuando puede.

–Es verdad, aunque, sin saberlo, una antigua controversia le juega a usted en contra.

Así fue como Federigo Centurione supo la verdad sobre la muerte de Antonio Malfante y el ardid al que había recurrido Pierino Fregoso para hacerse de los documentos y los mapas del viajero. Un rictus cruzó su rostro:

–Tu franqueza te enaltece y no la olvidaré. Lamento los disgustos que pude haberles causado a los tuyos. El hombre muerto en la posada de tu padre era uno de mis comisionados. Lo había enviado a visitar a los infieles para intentar descubrir dónde se encontraban las minas de oro. Creo que Pierino Fregoso tuvo la misma idea, aunque fue más hábil para entablar las relaciones necesarias. Ahora comprendo que se burló de mí y que me robó. Ese gesto no le trajo buena suerte. Por muy rico que haya sido, perdió su cargo de dux cuando los Sforza se adueñaron de nuestra ciudad y lo echaron, después de haber confiscado sus bienes, lo que prueba que nunca nos beneficia cometer una mala acción. Es pasado. No hablemos más de ello. Dime al menos si tienes previsto permanecer a nuestro servicio.

–El puesto es bueno y no me quejo. La desgracia de hoy me enseñó que aún tengo mucho que aprender si quiero seguir navegando.

–Necesitas adquirir confianza. Lo lograrás, estoy seguro. Entonces, tal vez un día te confiaré uno de mis barcos. Son buenos barcos, más fáciles de manejar que las galeras de Pisa o de Venecia. Quiero mandar a construir nuevas, además de las que ya tengo. Piensa en ello y esmérate para merecer mi confianza.

Después de haber desembarcado en Génova, Cristóforo partió hacia Savona, donde descubrió que su padre, como de costumbre, había acumulado un fracaso tras otro. Se había endeudado mucho para comprar un lote de mala lana de Safi que había vendido a crédito a otro maestro tejedor, quien había muerto antes de haber pagado su deuda. Un largo y costoso proceso lo había enemistado con sus herederos y no era seguro que recuperara el dinero.

Sus dificultades financieras lo habían obligado a tomar como aprendices a sus dos otros hijos, Diego y Bartolomé. Había casado a su hija Bianchenitta con un vendedor de quesos que le proveía todo lo que necesitaba para su taberna, a pesar de que se obstinaba en reclamar la dote prometida.

Devorada por un mal misterioso que carcomía sus entrañas, Susanna murió y fue inhumada en Fontanarossa. Doménico la lloró poco: convivía con una de sus criadas, una morena rolliza, a quien molía a palos cuando había bebido demasiado.

Cristóforo nunca tuvo el valor necesario para darle su merecido a su padre, un hombre capaz de liquidarlo de un revés. Era un mediocre, un fracasado, que vivía de cuentos, siempre dispuesto a lanzarse a especulaciones azarosas de las que salía más endeudado que antes. Para sacarlo de apuros, su hijo obligó a pagar a algunos deudores y calmó la impaciencia de los acreedores.

Los Centurione fingían no ver los negocios que Cristóforo llevaba adelante por su propia cuenta cuando viajaba a Chío. Importaba telas que revendía a buen precio a los turcos a cambio de espadas de sólido acero de Damasco o sillas de montar finamente labradas. Así, había logrado saldar las deudas de su padre y acumular un pequeño peculio, que un amigo de su infancia, Miguel de Cúneo, se ocupaba de hacer crecer para él. El “vizconde de Hebrón”, como seguía llamándose a sí mismo, invertía ese dinero con la esperanza de que sirviera para financiar una parte de la santa cruzada, de la que todos participarían muy pronto. Estaba convencido de ello y recordaba permanentemente a su compañero de juegos las solemnes obligaciones que habían asumido y que este parecía haber olvidado.

En tierra, Cristóforo pasaba el grueso de sus tardes en compañía de marinos, a quienes ofrecía de beber generosamente. El vino soltaba la lengua de esos robustos muchachotes, en cuyos rostros se adivinaban las huellas de los golpes recibidos

en peleas de borrachos. Aprendió mucho de ellos. En cada escala, corrían a los burdeles, donde los aguardaban griegas corpulentas, judías de ojos encendidos y circasianas de tez lechosa. Durante un tiempo, Cristóforo se negó a seguirlos, lo que le valió el apodo de “monje”.

Pero llegó un día en que una madama hizo que perdiera su inocencia. Cristóforo no tuvo motivos para quejarse. Ella no se conformó con ofrecerle el encuentro rápido que reservaba a sus clientes de paso. Lo acarició una y otra vez hasta que su miembro se endureció. Lo guió, permitiéndole penetrar suavemente en su cuerpo y jadeó cuando lo tuvo sobre ella, mordisqueando sus pechos y su cuello. Entregado al placer, Cristóforo no cayó en la cuenta de que ella se había retirado en el momento de mayor placer. En cada uno de sus viajes deseaba volver a verla, como si lo hubiera hechizado. Algunas noches, el recuerdo de su cabello dorado lo obsesionaba tanto como el intenso olor de sus piernas, entre las que adoraba reclinar su cabeza.

Aquella famosa noche en que por fin se había convertido en hombre, sus compañeros celebraron alegremente el acontecimiento. Cristóforo se había emborrachado con ellos antes de regresar al barco con paso vacilante. Al día siguiente, Matteo, el maestro calafatero, lo interpeló:

–Me dijeron que tuviste una buena noche. Sin embargo, ten cuidado con esas ramerás. Son todas iguales. No confíes en sus zalamerías, solo piensan en tu dinero. Cuando vuelvas a hacerte a la mar, te olvidarán en los brazos de otros marinos. No sucumbas a sus encantos. Son como las sirenas.

–¡Porque crees que existen!

–Nunca pronuncies palabras de las que puedas arrepentirte. Yo no las he visto, pero mi padre y mi abuelo me aseguraron que oyeron su canto traicionero. El mar está lleno de misterios y peligros. Varían según los lugares, pero en todos hay. ¡Pobre de aquel que lo olvide! Tarde o temprano, lo pagaré con su

vida. ¿Ves a ese marino allí, Giovanni? Su hermano era un hombre temperamental, que no respetaba nada y se burlaba de todo. Un día, se puso a balar para avergonzarnos por haber inmolado un cordero blanco en el primer viaje del barco. Tres meses más tarde, en Caifa, lo tragó un torbellino. Su cuerpo nunca fue encontrado. No, créeme, hay cosas con las que es mejor no bromear.

Cristóforo no pudo evitar esbozar una sonrisa. Ya había olvidado la tempestad en la que había sido herido. Unos diez viajes a Chío le brindaron seguridad. Según él, el Mediterráneo no era más que un gran estanque en el que uno se cruzaba con pocos monstruos y muchos barcos cargados hasta el tope con riquezas de las más variadas. Los peligrosos no eran los monstruos, sino los piratas que recorrían sus aguas en busca de una presa. Cristianos fieles, pero dispuestos a todo con tal de repartirse el botín. Unos meses atrás, un navío pisano había perseguido a su embarcación. El piloto había aprovechado una noche sin luna para refugiarse en una cala que solo él conocía, donde permanecieron dos días. Cuando volvieron a internarse en el mar, vieron flotar en el agua un mástil del que aún pendía un trozo de vela. Sin duda alguna, los pisanos habían encontrado otra víctima.

Cuando divisó la Linterna, uno de los dos faros de Génova, Cristóforo lanzó un suspiro de alivio. Una vez más volvía sano y salvo. Hizo su exposición ante Federigo Centurione, quien lo escuchó con interés antes de invitarlo a regresar esa misma tarde. Su hermano Filippo y él deseaban comentarle algunas cosas.

Cristóforo reprimió su impaciencia durante todo el día. Seguramente era para proponerle ser capitán de uno de sus barcos. ¡Ya era hora!

Los hombres lo recibieron en el piso que ocupaban sobre la tienda y sus depósitos. Amplias y bien iluminadas por tederos, las habitaciones estaban amuebladas con mesas, bancos y lechos

con baldaquino. Los muros parecían apoyarse sobre pesados cofres forrados en cuero de Córdoba. Un gran fuego ardía en la chimenea, dibujando extrañas figuras sobre los tapices colgados en las paredes. Vestido con una larga túnica de terciopelo con cuello de marta, Federigo Centurione le ofreció un vaso:

–Dime si te gusta este vino.

Cristóforo bebió un sorbo, lo tragó lentamente y respondió, sonriendo de placer:

–Jamás probé uno igual. Es dulce, casi azucarado. Parece almíbar. No estoy seguro de que los amigos genoveses vayan a apreciarlo. Prefieren vinos más pesados, más ásperos, más toscos, que los emborrachen en poco tiempo. ¿De dónde proviene este?

–De una isla, Madeira, que ha descubierto recientemente el rey de Portugal. Mi primo Matteo, que vive en Lisboa, me ha hecho llegar unos cuantos toneles. ¿Qué sabes del mar Océano?

–Poca cosa, a decir verdad. Rodea las tierras habitadas y ningún navío ha podido internarse en él.

–¿Eso es todo lo que sabes?

–Me temo que sí.

–Me sorprende que un muchacho tan despierto como tú demuestre tan poca curiosidad. ¿Recuerdas al viejo esclavo que te crió?

–¿Antonio? ¡Que en paz descanse! Ha muerto y lo he llorado porque era un hombre de bien. Poco me importa que haya sido moro y que nunca haya renunciado realmente a sus creencias. ¿Pero qué relación hay entre él y el mar Océano?

–En apariencia, ninguna. Excepto que el rey de Portugal habría descubierto una ruta que le permite acceder al oro y a las riquezas de África, evitando a los moros como intermediarios. Sus barcos regresan cargados de oro, plumas y huevos de avestruz, de prisioneros y de malagueta, una

suerte de polvo que no tiene nada que envidiarle al que consiguen los venecianos en Alejandría. Mi primo es un perfecto imbécil. Me envía vino, pero no me brinda ninguna información sobre sus viajes. Lo aturdí a preguntas, pero él solo me habló de los barcos que quiere enviar a Flandes, como si se tratara de un lugar rebosante de riquezas desconocidas. Una vez estuve en Brujas. Esos hombres del norte son hábiles artesanos y sus telas superan a las nuestras. Por lo demás, son unos desagradables aún más ávidos de ganancias que el más codicioso de los judíos.

—¿Qué esperas de mí?

—Que seas quien eres, muchacho valiente. Mi hermano y yo necesitamos un hombre lo suficientemente hábil como para introducirse en el círculo de los mercaderes de Lisboa y del rey de Portugal, con el fin de obtener toda la información posible sobre sus proyectos. Ese hombre debe ser lo suficientemente discreto como para no despertar sospechas, y nadie deberá saber que trabaja a nuestras órdenes.

—No soy más que un humilde comisionado. ¿Cómo podré presentarme en la corte o discutir con los mercaderes?

—Tendrás que inventarte un pasado para asegurarte un buen futuro. Los genoveses somos mentirosos por naturaleza. ¡Basta con que hagas honor a nuestra reputación o imites a tu padre, un gran adulador! Esmérate por parecer un viejo lobo de mar que llega a probar suerte en esas tierras. Quiero saber todo lo que traman esos malditos portugueses.

* * *

*30 de marzo del año de gracia de 1476
De Federigo Centurione a Paolo de Noli*

Primo:

Nuestros negocios marchan viento en popa, sabemos cuánto te esfuerzas por enviar nuestras mercancías a Lisboa, Inglaterra y Flandes, y te estamos muy agradecidos. Cuentas con toda nuestra confianza y deseamos que permanezcas aquí el mayor tiempo posible para velar por nuestros intereses.

Queremos que sepas que uno de nuestros comisionados se dirige en secreto a Portugal, con una misión muy importante, de la que te hablaré personalmente en mi próximo viaje.

Por el momento, es preferible que no conozcas su identidad. Además, le hemos prohibido tomar contacto contigo. Debes estar muy atento a la llegada de un joven genovés acompañado por su hermano. Ayúdalo –a él y solamente a él– a encontrar un empleo acorde con sus competencias. Sabemos que todos los comerciantes genoveses de Lisboa te tienen una fe ciega y que no les llamará la atención el favor que les pedirás. Ante el menor gesto de reticencia de su parte, abstente de insistir. No debemos dar la sensación de que ese asunto nos interesa hasta semejante punto.

Federigo

10 de julio del año de gracia de 1476

Padre:

Con gran tristeza le escribo para anunciarle que he decidido marcharme de Savona y abandonar la tienda de Giacomo, ese canalla a quien usted me recomendó como aprendiz. Sé que se quejará ante usted por la mala pasada que le juego. Pero es mi paga a cambio de los golpes que me propina y que

son mi único salario. He decidido seguir a mi hermano mayor, Cristóforo, el único de la familia que me ha demostrado un poco de interés y de ternura. Me explicó que, con solo mostrarme obediente y trabajador, la fortuna nos sonreirá en Lisboa. No sé mucho más, pero siento hacia él una confianza ciega, la misma que usted me negó siempre.

Su hijo Bartolomé

